

SECCIÓN ESPECIAL: HACIA UNA ECONOMÍA DEL CONOCIMIENTO

TECNOLOGÍA, EDUCACIÓN Y SOCIEDAD. NUEVOS RETOS FORMATIVOS PARA EL SIGLO XXI

Gabriel Ferraté i Pascual
Universitat Oberta de Catalunya

En la economía y la sociedad del conocimiento, el saber y el aprendizaje permanente se han convertido en la base de la existencia humana. Las tecnologías de la información y la comunicación se combinan e interrelacionan con la formación para la construcción de una sociedad global de aprendizaje. En esta nueva sociedad, la necesidad de una formación deslocalizada, flexible y abierta rompe con los conceptos pedagógicos y organizativos de la Universidad clásica y plantea la necesidad de un nuevo modelo de Universidad, basada en el autoaprendizaje, la comunicación y los sistemas mixtos.

INTRODUCCIÓN

De la misma forma que el gran poeta y Premio Nobel de Literatura, Thomas S. Elliot, se preguntaba a mediados del siglo XX con la perspicacia que le caracteriza ¿dónde está la vida que hemos perdido al vivir?, ¿Dónde está el saber que hemos perdido en el conocimiento? Y, ¿dónde está el conocimiento que hemos perdido en la información?, resulta muy acertado, en el mundo de hoy, ya superada la frontera del siglo XXI, preguntarse ¿dónde está la información que estamos perdiendo en los datos?

La pregunta no es retórica. Muy pocas personas podrán negar que estamos ante los preliminares de una auténtica revolución universal basada en las infinitas posibilidades que ofrecen los nuevos sistemas y medios de comunicación, especialmente aquellos que se basan en el intercambio de información a través de la red. Esta revolución digital, que un día, no muy lejano, permitirá alcanzar la cifra de mil millones de usuarios conectados a Internet en todo

el planeta, está provocando extraordinarias transformaciones en los campos económico, social, cultural, de ocio o formativos. Las *autopistas de la información*, que ya han superado los límites intrínsecos de instrumentos revolucionarios anteriores como la imprenta, el teléfono, la televisión o el ordenador, interrelacionándolos y profundizando en su utilidad, generan una nueva sociedad, basada en una *red de inteligencia humana* que promueve un sistema económico capaz de transformar, como nunca, el mundo que conocemos.

Miles de datos se cruzan en el arquetipo de estas autopistas de la información, que no es otro que Internet, en el cuál miles de personas pueden beneficiarse de esta riqueza documental, actualizable al instante y alcanzable desde el mismo momento en que se genera. No obstante, la abundancia de información no es garantía intrínseca de conocimiento. Es importante aclarar esta cuestión porque muy frecuentemente se confunden términos: se considera que nuestra sociedad avanza por el hecho de disponer de una gran red mundial de comunicación, por dónde circulan infinidad de datos asequibles, procesables y almacenables. Precisamente, en este artículo analizaremos las transformaciones de uno de los puntos clave de la nueva economía y sociedad que se alumbra: la formación y, más concretamente, las transformaciones de las instituciones universitarias.

1. LA RED Y EL APRENDIZAJE

Con su lucidez habitual, el profesor Manuel Castells ya ha delimitado los márgenes sobre la confusión entre información y conocimiento afirmando que la *sobreinformación* no tiene porqué vincularse con la articulación del conocimiento. Es más, nada garantiza que las ingentes cantidades de materiales informativos que circulan por la red nos permitan seleccionar lo que es útil en cada momento determinado, ni tampoco nada asegura que se extraerán conclusiones acertadas del manejo indiscriminado de la información disponible. No obstante, en la actualidad tenemos un elemento diferenciador: si en el pasado la disponibilidad de información representaba una ventaja clara, hoy en día tenemos que buscar el diferencial competitivo en las posibilidades de transformación y elaboración del conocimiento a partir de una correcta utilización de las enormes cantidades de información circulante.

Todavía es temprano para alcanzar a ver las dimensiones completas del cambio que se alumbra. Pero, todo parece indicar que la interrelación entre ordenadores, red cibernética y redes de comunicación está transformando una gran parte de las actividades empresariales del mundo más desarrollado y, consecuentemente, los hábitos sociales y de consumo de la gran mayoría de la población. En la complejidad del proceso se producen necesariamente cambios económicos, sociales e, inclusive, de actitudes. La energía eléctrica, las carreteras, el ferrocarril y los aeropuertos se constituían en las infraestructuras de una economía basada en la explotación de los recur-

sos naturales, la manufactura y los servicios. Hoy, la red y todos sus mecanismos auxiliares configuran la nueva y revolucionaria infraestructura de la Sociedad del Conocimiento. La economía industrial del acero, del petróleo y de la ingeniería financiera está dejando paso a una *economía digital*, construida sobre una base de nuevos materiales (como el silicio), nuevas dimensiones (la red) y nuevos retos (la globalización informativa y del conocimiento). En la economía heredera de la revolución industrial, la información, las comunicaciones, el tráfico de mercancías y de dinero eran físicos, tangibles al instante. Se intercambiaban facturas, libros, transmisiones orales a través del sistema telefónico analógico o visuales a través de la televisión, etc. En la actualidad, hemos entrado en la era de la comunicación digital, donde lo que se transmite y se procesa son bits almacenados en las memorias de los ordenadores con una altísima capacidad de transmisión.

Las posibilidades de la red son inmensas e implican todos los campos de la actividad humana: la producción, el intercambio comercial, las relaciones interestatales, pero también el consumo de ocio, la interrelación personal y la adquisición de conocimientos en sentido estricto. El mismo concepto de economía digital implica familiarizarse con un entorno nuevo y diverso y obliga a aprender imprescindiblemente conceptos nuevos y diversos. Así pues, el aprendizaje se ha convertido en una obligación y un reto constante que forma parte de una nueva manera de entender el mundo. Lo que se aprende una vez ya no sirve para siempre, porque cada día se inventan nuevas máquinas, nuevos mecanismos más sencillos y más rápidos. Las fábricas se llenan de ordenadores, robots y redes transmisoras y los trabajadores, sean del tipo que sean, se ven obligados a aprender constantemente nuevas y sofisticadas técnicas. Como la economía de este siglo es *la economía del conocimiento*, el saber y el aprendizaje permanente, se han convertido en la base de la existencia humana y todos han asumido, incluso inconscientemente, que vivir en el mundo de hoy implica aprender constantemente cosas nuevas.

La misma red es un ejemplo de esta globalidad de conocimientos necesarios y es, al mismo tiempo, el exponente de una necesidad formativa constante. Para funcionar en la red se necesitan conocimientos indispensables para buscar, seleccionar, captar, procesar y almacenar la información, aunque, por otra parte, la misma red ofrece, entre otros, programas de formación interactivos, acceso a las bases de datos más insospechadas y a catálogos de las bibliotecas universitarias de todo el mundo. La red permite acceder a todo este conocimiento y en todas partes del mundo surgen propuestas e iniciativas innovadoras que garantizan la interconexión y el intercambio de experiencias. Muchas escuelas y universidades del mundo desarrollado tienen acceso a las nuevas tecnologías del aprendizaje y, a través de estas, aprenden a trabajar con otras tecnologías en un ciclo formativo cada vez más sofisticado y poderoso.

2. LA ACUMULACIÓN DE INFORMACIÓN Y EL SABER

Una de las principales características de la sociedad actual es que se han acabado los condicionantes de la rutina vital de la sociedad industrial, que situaba una edad para cada circunstancia. Una fase de la vida para aprender y una fase de la existencia para enseñar. Hoy, aprender y enseñar es un proceso simultáneo que no sabe de edades, sino de coyunturas. Algunos autores han dicho, muy acertadamente, que al viejo refrán de “el saber no ocupa lugar” se ha de añadir que “tampoco ocupa momento”.

La vida siempre ha sido un proceso continuo de aprendizaje no explícito, aunque en la actualidad, lo que ha cambiado es la percepción de este aprendizaje. En la sociedad industrial la experiencia era la encargada de acumular dosis de saber. Por consiguiente, la gente más joven no disponía de saber, ya que no tenía experiencia. En la actualidad, incluso el conocimiento de los más jóvenes es imprescindible y conviene prestarle la máxima atención porque, en definitiva, todos somos unos curiosos aprendices y todos hemos de estar abiertos sin prejuicios a este aprendizaje enriquecedor. *Auto-aprendizaje* significa, nada menos, que edificar un sólido edificio de criterios, valores y propósitos que favorezca la sedimentación de los incontables conocimientos que hemos de ir recibiendo a lo largo de nuestra existencia.

Llegados a este punto topamos nuevamente con las dificultades para digerir toda la información que recibimos y para discriminar qué información es la más útil para fundamentar el conocimiento que necesitamos. El problema adquiere notables dimensiones si nos fijamos en una constatación objetiva. Muy probablemente, cualquier niño de diez años de los países del primer mundo dispone hoy de un volumen de información superior a la que podría reunir durante toda su vida en el siglo XVI. Por tanto, en el mundo moderno ¿qué debemos transmitir a los más jóvenes para que les sea verdaderamente útil y para que contribuya a sentar las bases de esta autoformación que, en última instancia, consideramos óptima?

Ya hemos hablado anteriormente de la distancia entre sobre-información y conocimiento. Paremos ahora un instante a valorar las diferencias entre mucha información y buena información o entre mejor información e información adecuada. Cantidad nunca es sinónima de calidad, excepto cuando es útil para el propósito elegido. Es decir, sólo cuando se sabe que se puede hacer con la información recibida –por mucha que esta sea– se puede hablar cualitativamente de buena información. Esta capacidad para discernir entre la información que nos es útil en cada momento y la que nos es prescindible, es la que da buena medida del bagaje educacional recibido. Hemos, por tanto, de ofrecer a las nuevas generaciones, mecanismos para discernir, fundamentos, en última instancia, de los valores, criterios, espíritu crítico e inquietudes intelectuales que determinan la educación. Dos enormes interrogantes se nos abren llegados a este punto. Primero, en el mundo actual ¿quién tiene la capacidad para decidir cuáles son los valores, criterios, espíritu crítico e inquietu-

des intelectuales siendo, como somos, autodidactas y estando inmersos, como estamos, en un mundo de verdades relativas. Y, segundo, ¿cómo podemos hacerlo acertadamente, sujetos, como estamos, a los cambios permanentes de los nuevos conocimientos, que avanzan con extraordinaria rapidez?.

No hay respuestas sencillas a estas dos preguntas y, sobretodo, no puede haber respuestas concluyentes. Y, más si tenemos en cuenta el marasmo educativo en el que nos movemos. Según un estudio reciente, sólo en 1986, el volumen de publicaciones técnicas y académicas aparecidas en el mercado internacional fue superior a la producción científica de los eruditos e investigadores desde los inicios de los tiempos hasta la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, se comenta que la riqueza global del conocimiento acumulado gracias al potencial de la red se duplica hoy cada cinco años y este período, probablemente, se reducirá los próximos años. Ante esta magnitud, las respuestas son inciertas, pero los objetivos son claros: como ya se apuntaba, la Sociedad de la Información y el Conocimiento se está convirtiendo, cada vez más, en la *Sociedad del Aprendizaje*. Si esto es así, ayudemos a aprender. Y, todavía más, ayudemos a aprender de qué manera se puede aprender.

Tal y como han destacado algunos autores, las promesas y los peligros del uso de las *infopistas* en el ámbito educativo son paralelas a las que nos podemos encontrar en la organización de la economía o de la vida política. Para la alta investigación la red se ha convertido en un instrumento indispensable. Cabe destacar que Internet, al fin y al cabo, fue un sistema ideado por y para la vida académica. Por otro lado, si atendemos a las opiniones de los expertos en *cibercultura*, encabezados, entre otros, por Nicholas Negroponte, uno de los motores básicos del futuro de Internet será la formación. Si se cumple esta prospectiva, las poco definidas autopistas de la información tendrían que producir, en consecuencia, unas fecundas *autopistas de la formación*, donde los ciudadanos tendrían un amplio conjunto de oportunidades para su desarrollo formativo. Esta idea entronca con el énfasis, ya comentado, de la necesidad de formación permanente a lo largo de toda la vida.

3. LOS NUEVOS CAMINOS DE LA FORMACIÓN

Formación permanente, necesidad imperativa de aprender, perspectiva concreta de formarse a un nivel óptimo, con las máximas facilidades y sin limitaciones de tiempo y espacio son algunos de los requerimientos educativos de la Sociedad del Aprendizaje. En este punto se abre camino con fuerza el concepto de *Universidad a distancia* o, si se quiere, con mayor criterio, de *enseñanza no presencial*. La distancia tiene un efecto separador que la tecnología es capaz de eliminar, borrando las barreras, tantas veces obstaculizadoras, del tiempo y el espacio. La formación y la docencia, y más si vienen definidas por un factor no presencial, siempre se han servido de técnicas y de las tecnologías disponibles en cada momento: desde el correo a las redes telemáticas, pasando por los medios de comunicación audiovisua-

les. Todas estas tecnologías debidamente utilizadas abren las puertas al concepto "enseñanza sin distancias". Nunca hasta ahora la relación entre docente y estudiante puede ser tan intensa. Pero, en este nuevo escenario de entornos y necesidades formativas, las Universidades han de jugar necesariamente un papel determinante, no sólo en lo referente a la formación reglada, sino también en aspectos como la extensión cultural, los intercambios de experiencias o la posibilidad de compartir información documental básica. Jacques Delors, en un informe presentado en la Cumbre de Lisboa sobre el futuro de la educación en Europa, sugirió la necesidad de que todas las Universidades fueran abiertas, en un esfuerzo democratizador real para facilitar la formación de todas las personas con voluntad para aprender y sin los impedimentos físicos por tener que asistir a un centro concreto. Considerando a la Universidad como un espacio de cultura, estudio, investigación, reflexión y debate, abierta a todo el mundo, la Comisión Europea puso de relieve una intención central en su mensaje: favorecer un sistema plural de aprendizaje, un sistema formativo y educacional de amplio espectro (a lo largo de toda la vida) y al alcance de todas las personas.

Es imprescindible, no obstante, que las nuevas soluciones no den respuesta sólo a los problemas seculares, sino, también, a los más recientes. Si la democratización de la sociedad ha permitido que las demandas de formación sean muy amplias, inclusive masivas, las nuevas necesidades de formación están presentes a lo largo de toda la vida de las personas: más gente para aprender, pero, sobretodo, durante más años. La baja natalidad, que empieza a afectar al sistema escolar, contrasta notablemente con las nuevas demandas formativas de adultos, que reclaman acciones de reciclaje personal, reconversiones y adaptaciones a nuevas profesiones o nuevas formas de trabajo tecnológico o profesional. Así, la formación universitaria está dejando de ser una simple fase (la superior) de la etapa formativa de los viejos tiempos, para convertirse en una institución que ofrece un amplio número de programas post-obligatorios a un número de individuos especialmente interesados, diversos y, cada vez, más amplio.

En conjunto, la nueva situación exige una gran flexibilidad y un replanteamiento pedagógico, cada vez más abierto y versátil. Y, sólo con tecnología, la Universidad podrá responder a la demanda creciente de nueva formación permanente, deslocalizada y a distancia. Es decir, no presencial.

Los cambios en la demanda y las modificaciones en los métodos de formación nos dirigen hacia una redefinición del papel del profesor. La nueva dirección es la de una progresiva modulación de las funciones clásicas magistrales hacia un papel de formador/tutor que ejerce de guía, asistente y animador del estudiante, motivándolo para que vaya descubriendo por sí mismo los beneficios del aprendizaje y los avances de su formación. La progresiva adaptación de las autopistas de la información en autopistas de la formación posibilitará que cada quién pueda estudiar, formarse y progresar en conoci-

mientos, desde cualquier lugar, en cualquier momento, a cualquier hora y al ritmo que cada cuál escoja.

Igual que sucede con la sociedad en su conjunto, dentro de la Universidad el concepto clásico tampoco tiene el mismo significado para todos los miembros de esta comunidad. Históricamente, el binomio *docencia-investigación* ha sido considerado como el elemento definidor de la institución, sobretudo por contraposición a los modelos de otras instituciones educativas. Cualquier examen objetivo de la multiplicidad de actividades que lleva a cabo la Universidad de hoy, tanto en Europa como en América, pondría en evidencia que este binomio clásico ya resulta insuficiente para explicar a la Universidad moderna. Pero, sobre lo que sí habría un notable consenso es sobre los mecanismos que utiliza la Universidad actual en su trabajo formativo y en el desarrollo de sus preocupaciones sociales: la Universidad trabaja con cantidades ingentes de información, que pone al alcance de sus estudiantes a través de múltiples medios. La información se manipula, procesa y acumula en un círculo constante sometido a las necesidades del conocimiento. Si esto es así, y es indiscutible que lo es en la actual fase de desarrollo humano, los cambios en los circuitos de la información necesariamente han de implicar a la Universidad.

Hasta hoy, la Universidad se ha caracterizado por querer estar en la vanguardia de la sociedad: produciendo conocimientos, transmitiéndolos y criticando los existentes. Debido a coyunturas adversas, buena parte ajenas a la institución, no siempre lo ha conseguido. Sin embargo, no se entendería que hoy la Universidad se mostrase incapaz de asumir todo el potencial que surge de las tecnologías de la información y la comunicación. Esta incapacidad sería su condena a muerte, al menos tal y como la conocemos hoy, con los atributos de institución innovadora, crítica y dinámica que, idealmente, la adornan.

Aparece, pues, en el umbral del nuevo siglo, la obligación que la Universidad cambie y que el motor de este cambio sean las tecnologías vinculadas a la información y la comunicación. El destino final de este recorrido complejo, pero apasionante, debe ser una Universidad que ha borrado de sus limitaciones los conceptos de espacio y tiempo. Muy probablemente esto ya no será una Universidad clásica, sino una Universidad deslocalizada, flexible y abierta: una *hiper-Universidad*.

Con todo, el éxito de esta evidente revolución formativa no depende tanto de la disponibilidad tecnológica y de su funcionalidad como de las actitudes y capacidades que demuestren todos los miembros de la comunidad universitaria. Es el momento de crear un nuevo marco político, pedagógico, administrativo y financiero, dónde las potencialidades de las tecnologías educativas cobren sentido y se establezcan, precisamente, en el contexto de una sociedad que evoluciona con extraordinaria celeridad, gracias al impacto de estas mismas tecnologías.

La nueva Universidad no puede conformarse ya con enseñar las nuevas tecnologías como había venido haciendo hasta el momento. Muy probablemente, el estudiante del siglo XXI dominará ampliamente los recursos indispensables para su moderna formación y no esperará que la Universidad le proporcione elementos que les son muy familiares. La Universitat del siglo XXI tiene otra misión relacionada con la eliminación de las barreras clásicas que han impedido lo que hoy ya es una exigencia social: la formación y el reciclaje permanente de buena parte de la sociedad. Ha de romper con los límites de espacio y tiempo, o lo que es lo mismo, hacer posible una formación académica de calidad, en cualquier lugar, hora y al ritmo que se desee.

4. LA NUEVA MANERA DE ENSEÑAR

Este cambio de perspectiva implica que la actividad docente del profesor, entendida de la manera tradicional, es decir como agente explicador de contenidos, ha de ser un simple recurso más de la Universidad puesto al servicio de los múltiples procesos de aprendizaje del estudiante. O, dicho de otro modo, ahora, desde el punto de vista del profesorado, en la sociedad global del aprendizaje la transmisión de contenidos a partir del método de impartir clases magistrales deja de ser su actividad docente nuclear y esencial.

Por lo tanto, se hace imprescindible no sólo resituarse al estudiante en este proceso innovador, sino también al profesor universitario. Se trata de formarlo adecuadamente, tomando en consideración sus aptitudes pedagógicas en los sistemas de selección, reconociendo su voluntad de participación en la renovación de los mecanismos de transmisión de conocimientos y, sobretodo, en las fórmulas que han de permitir mejores procesos de aprendizaje por parte de los estudiantes. En definitiva, reubicar su papel profesional en esta nueva situación.

En este sentido, las nuevas tecnologías aplicadas a la enseñanza universitaria están diseñadas para provocar un cambio radical en la manera como se enseña y aprende, tanto en las aulas como fuera de ellas. Ya hace tiempo que defiendo que la renovación pedagógica y conceptual que precisa la Universidad debe basarse en tres conceptos: *autoaprendizaje*, *comunicación* y *sistemas mixtos*.

El estudio y comprensión por parte del estudiante de determinados conceptos o teorías, su práctica en la resolución de problemas, profundizar en contenidos suplementarios, los ejercicios y prácticas en laboratorios, la experimentación y la investigación son algunas de las actividades que pueden beneficiarse enormemente de la creación de recursos didácticos adecuados, basados en las tecnologías interactivas multimedia y concebidos en una orientación hacia el autoaprendizaje.

Por otra parte, la telemática ofrece la posibilidad de que cualquier estudiante universitario pueda comunicarse con otros estudiantes, sus profesores, los servicios de la Universidad o el resto del mundo, tanto desde el interior

mismo del Campus presencial como desde su propio domicilio. Particularmente, las actividades de tutoría para los estudiantes, la resolución de dudas, el desarrollo de cuestiones, la corrección de trabajos y la revisión de problemas, entre otros, pueden beneficiarse de manera general de las *Intranets* institucionales y de las redes de comunicación establecidas.

Por último, no podemos dejar al margen el efecto multiplicador que tiene la utilización de los recursos didácticos multimedia orientados hacia el aprendizaje, conjuntamente con un buen sistema de comunicación dentro y fuera de la Universidad. Estos sistemas mixtos representan, a corto plazo, una oportunidad única de renovación de la docencia universitaria, tal y como ha sucedido en los últimos años en los EE.UU. y como empieza a plantearse ya en las Universidades europeas.

CONCLUSIÓN: HACIA UN NUEVO MODELO DE UNIVERSIDAD

La interrelación de las opciones descritas y, probablemente otras que surgirán en los próximos años, situará el concepto tradicional de Universidad en una nueva dimensión relacionada íntimamente con el *cibespacio*, es decir, con una red de redes de alcance universal. Pero, como ya he defendido en otras ocasiones, el problema fundamental de esta reubicación de conceptos no es el de la conjunción espacio/tiempo vinculada a la nueva Universidad, ni tampoco la cuestión, casi metafísica, de si la Universidad seguirá existiendo en el futuro como la institución que hoy todos conocemos. El futuro pasa por saber extraer el máximo provecho de este previsible carácter deslocalizado de la Universidad.

Una de las soluciones posibles es una Universidad que cumpla con las genuinas funciones que le pertocan, superando las limitaciones de espacio y tiempo que tiene la presencialidad, y que se caracterice por centrar sus objetivos en todos y cada uno de sus usuarios. Esta nueva Universidad, que tiene en el *Campus Virtual* el eje de sus capacidades interactivas y que podemos definir como hiper-Universidad, está centrada en dar respuesta a las necesidades del estudiante y posibilita dos funciones claramente integradoras: *la integración y la canalización*.

Por lo que se refiere a la integración, se trata del ensamblaje de todos los recursos (materiales didácticos, profesores, otros compañeros, etc) disponibles en la Universidad, vinculados adecuadamente entre sí para facilitar la formación y el aprendizaje esperados. Esto implica que el equipo docente, juntamente con el soporte técnico y de gestión, hayan programado previamente o localizado puntualmente los recursos necesarios, hayan diseñado los no disponibles y los hayan puesto a disposición de los estudiantes, teniendo en cuenta una importante variedad de itinerarios personales de formación.

Por lo que se refiere a la canalización, se trata de recibir a través del ordenador programas y productos de formación, la fuente de los cuáles puede

estar en un lugar muy remoto. De otro modo, el estudiante universitario podrá seguir créditos de una gran variedad de instituciones universitarias sin necesidad de ningún esfuerzo adicional. La Universidad dónde el estudiante se encuentre materialmente matriculado, sea presencial o virtual, será su canal ordinario de formación a través del cuál accederá a cursos y programas de multitud de universidades e instituciones, sin tener que sufrir ninguna molestia burocrática suplementaria.

El primer aspecto, la integración, ya es una realidad. Para la canalización habremos de esperar. Y, no tanto por causa de los actuales déficits tecnológicos, sino, fundamentalmente, por las reservas mentales que todavía subsisten y que impiden aceptar abiertamente que el tiempo de las Universidades clásicas ya se ha acabado. La nueva Universidad lucha para salir de las limitaciones de la Universidad clásica y, somos los universitarios, en primera instancia, los que hemos de aplanar el camino. No debemos ser nostálgicos de las viejas aulas. Las nuevas tecnologías pueden hacer crecer el espíritu universitario de manera insospechada.

Con todo, es imprescindible entender que las nuevas soluciones no sólo han de mejorar las dudas eternas, resolver los viejos problemas, sino que han de dar respuesta a los nuevos conflictos. La democratización de la sociedad y el progreso económico y social han posibilitado que las demandas de formación sean cada vez más amplias y exigentes, con más personas y de todas las edades. Así pues, la Universidad de hoy esta dejando de ser el clásico mecanismo universitario de formación de elites para convertirse en una fuente inmensa de ofertas formativas post-obligatorias. En conjunto, la nueva Universidad exige una gran flexibilidad y un replanteamiento pedagógico cada vez más abierto. Y, no sólo aprovechando los recursos tecnológicos, sino también con un cambio de actitud de los profesionales de la educación, podremos dar una respuesta coherente y satisfactoria a esta extensa demanda de formación universitaria, permanente, flexible, deslocalizada y no presencial. Y, con el añadido fundamental que toda esta oferta formativa se pondrá fácilmente al alcance de toda la sociedad. Se ampliarán, así, las oportunidades para las personas a lo largo de toda la vida. La formación universitaria será más que una fase concreta de la formación. Se convertirá en un motivo de democratización formativa real: la igualdad de oportunidades.